



Siluetas del Teatro antiguo

HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO

Estocadas por una comedianta

Por Narciso Díaz de Escobar

BUENAS ganancias obtenían en el corral de la Montería, de Sevilla, sus arrendadores Juan Bartanes y Antonio Correa. El público acudía a ocupar sus camarines y bancos, y la temporada de 1639 era sabrosa en aplausos para comediantes y en rendimientos para el autor de comedias.

Era éste Antonio de Rueda, muy conocido en Madrid, donde empezó representando una *Loa de Quiñones*, de Benavente, a la cual se deben preciosos datos biográficos de los cómicos del siglo XVII. Rueda estaba casado con Catalina de Acosta, buena y hermosa actriz, que en las listas figuró con el apellido de su esposo. En 1631, perteneció Rueda a la compañía de Alonso de Olmedo y en este año se inscribió con su Catalina en la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, fundada en Madrid en 1624 a raíz del milagro obrado por intervención de esta imagen, en la tullida Catalina Flores.

No debía ser el escenario de la Montería de muy agradables recuerdos para Antonio de Rueda. Había estado allí en 1635, formando parte de la compañía de Salvador Lara, representando con la famosa María Candau, que otros apellidan Candado. En 31 de mayo de dicho año, Rueda tomaba parte en la comedia burlesca: *Castigar por defender*, debida a la

pluma de don Rodrigo de Herrera y Rivera, literato madrileño, hijo ilegítimo del marqués de Auñón, de quien Cervantes dijo:

—Este, que con Homero le comparo,
es el gran don Rodrigo de Herrera,
insigne en letras y en virtudes raro.

Llegó la segunda jornada de la comedia, y Rueda, que hacía un segundo galán, tuvo necesidad de echar mano a la espada. El corral estaba lleno de aficionados y un jovencuelo había tomado asiento de *preferencia*, en el mismo tablado, embobándose con la representación. Al sacar Rueda la espada, dió sin querer un golpe al joven y le hirió en la frente, sobre la ceja izquierda.

Al verse la sangre el herido, echó a correr, por entre bancos y sillas, gritando:

—¡Confesión, confesión, que me han muerto!

Promovióse la alarma, las mujeres de la cazuela gritaron, los hombres procuraban imponer silencio, y el escribano, don Miguel de Padilla, recogiendo al herido, ya a las puertas del teatro, lo llevó a curar a la calle del Mar, a casa del barbero y cirujano Antonio Nieto Quemado. La herida resultó de gravedad y los curiales hicieron pasar muy malos ratos al Antonio Rueda, quien se